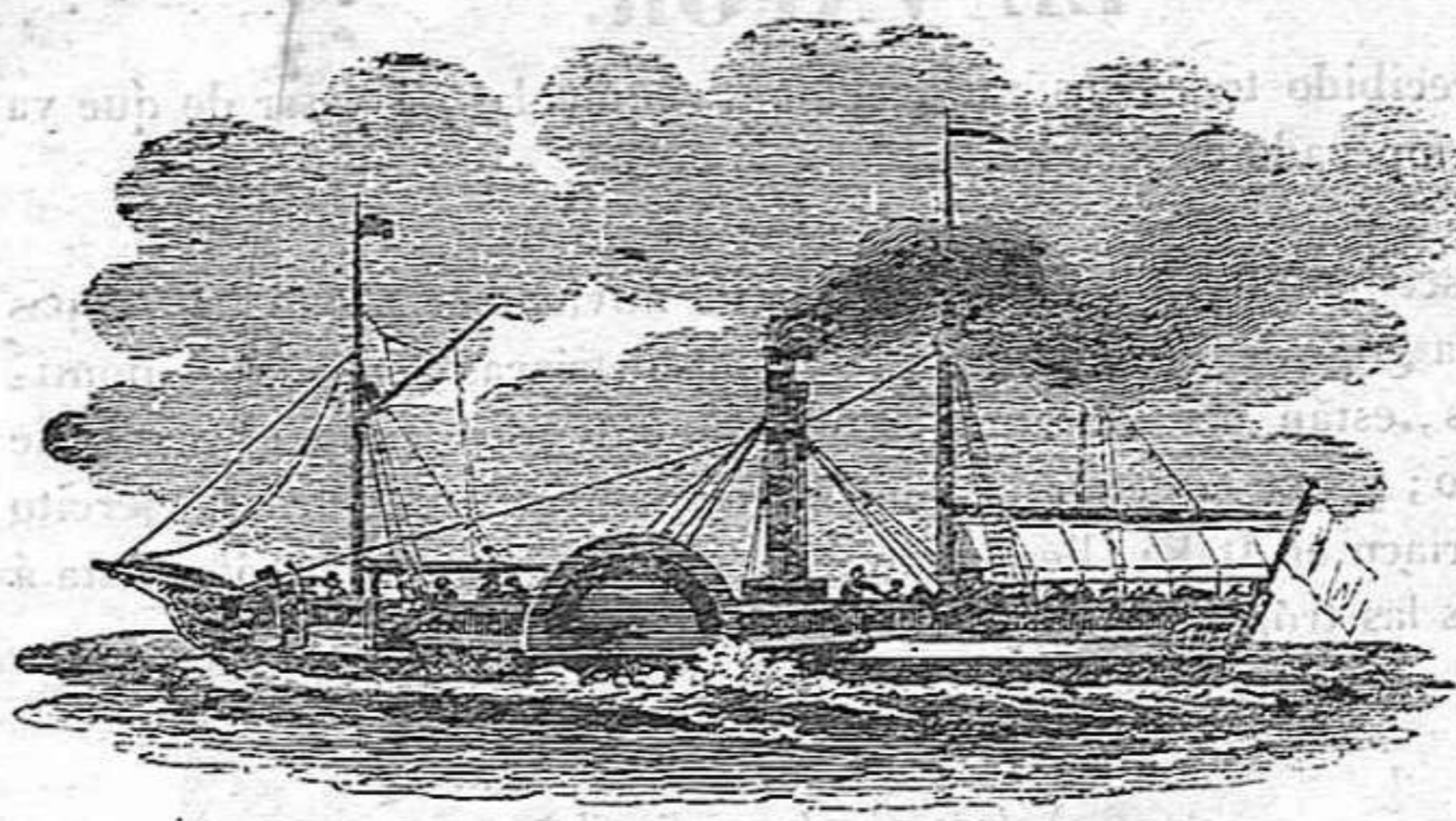


Este periódico sale los martes, viernes y sábados por la mañana. La Redacción se halla establecida en la misma oficina del periódico, á donde deberán dirigirse las cartas, reclamaciones, artículos, noticias mercantiles, ejemplares de las obras que se anuncian y demas advertencias que se juzguen oportunas y ventajosas para el interesante objeto que se proponen los editores: adviértese que no se recibirá ninguna carta ó pliego que no venga franquado. Se suscribe en Barcelona, en la librería de Bergues y compañía, calle de Escudellers, núm. 13, á razon de 10 rs. al mes, y en las provincias en los puntos indicados á 60 rs. por trimestre, franco de portes. Cualquiera falta ó atraso que notaren en el servicio de los repartidores, tanto los Sres. suscriptores como las personas que reciben gratis el VAPOR, se servirán avisarlo á la Redacción.



EL VAPOR.

PERIODICO POLITICO, LITERARIO Y MERCANTIL DE CATALUÑA,

Publicado bajo los auspicios de S. E. el Capitan General,

Y DEDICADO AL MINISTERIO DEL FOMENTO GENERAL DEL REINO.

Varias veces hemos dicho que brilla sobre el continente de España la aurora de una regeneracion que evitará el escollo de las venganzas para conducirnos al puerto sin estrépitos, violencias ni desórdenes. Opónese, harto es cierto, á los que no pueden lucir ridículas doctrinas ni medrar en tiempos tranquilos; pero ¿qué valen sus esfuerzos contra el impulso generoso y varonil del pensamiento? ¿qué su necia arrogancia, su montaraz discurso, su desenfreno brutal contra el majestuoso movimiento de una ciencia sólida, incesantemente consultada por el genio agrícola, el artístico, el mercantil? Los que se empeñan en desconocer la noble índole del entendimiento humano obsérvenle al través de los siglos analizando altas cuestiones sobre su propio origen, su existencia y su fin; sigan sus huellas desde la inspiracion vigorosa de Aristóteles hasta el ánimo meditando de Locke, Mallebranche y Condillac, y hallarán que le imprimió el Eterno aquel ardiente deseo de la verdad que revela el afán de sacudir toda traba que lo envilezca y deslustre. Para encarecerla analiza los cadáveres y las plantas, las aguas del ponto y el cráter de los volcanes, los raptos de la fantasía humana y las costumbres de un insecto vil: para admirarla proscriba sistemas absurdos, desatiende á rutinerías escuelas y desprecia imágenes ilusorias: para sentir su halago prefiere la observacion á huecas declamaciones, la modesta duda á la petulancia orgullosa, y el preceptor despreocupado y sincero á los que despóticamente usurpan su brillante sacerdocio. La fe nos la muestra en la religion, la paz en la política, el buen gusto en las artes, la perseverancia en las ciencias. Hallóla España en literatura y bellas artes, pero impidióle el tenebroso genio inquisitorial que la buscara en mas recóndito saber. He aquí porque de señora del mundo pasó á ser despreciable juguete de los demas estados y escasearon en su seno los inclitos varones que solian engrandecerla. El siglo XVI le dió un Cervantes, el XVII un Lope, el XVIII á ninguno, el XIX con sólida esperanza lo aguarda.

Aspira un gobierno sabio á mejorar sin destruir y á que la denunciacion de un abuso equivalga á su reforma. La Nacion española, aletargada en tiempo de Fernando VI, dió cierto amago de estadística y económica durante Carlos III. El conde de Aranda trató de convertirla en reformadora y política; pero víctima muy pronto de su vivacidad, tuvo que ceder el campo á genios mas oportunos por lo mismo que menos atrevidos. Florida-Blanca conoció que era preciso mover guerra á la ignorancia antes de elevar un trono al genio de la ilustracion; y es así que proyectando canales, abriendo carreteras, poblando desiertos, elevando acueductos y erigiendo sociedades benéficas de amigos, creyó llegar por medios naturales al luminoso término que alcanzar quiso el de Aranda por otros mas violentos. Al mismo tiempo daba la mano á las artes bellas para que reverdeciesen la imaginacion española y le presentasen el primer vislumbre de regeneradora cultura. Magníficos museos, sabias academias, mil y mil monumentos de igual importancia iban recordando á la heroica Nacion los afamados periodos de su gloria, y encaminábanla hácia el bien, no por el áspero sendero de la revuelta, sino por el suave camino de razonables progresos. Bien hallada con todo en su estado de reposo é indolencia, no anhelaba rectificar las costumbres, ni atinaba en que era pre-

ciso reemplazar la navaja del manolo por el escoplo ó la lima del artesano; pero empezaba á leer los viajes de Pons, los discursos de Campomanes, y á escuchar con deleite el valiente canto de Moratin y los primeros suspiros de la lira de Melendez.

Entretanto el espíritu analítico del siglo XVIII y las máximas de torpe incredulidad vestidas y comentadas por los filósofos enciclopedistas preparaban á los Franceses á una reforma vengativa y revolucionaria. Años habia que ocultando aquel Gobierno su propia debilidad bajo fútiles adornos y embarazosas ceremonias, multiplicaba los mandamientos de prision, y ponía á merced de cualquier favorito las armas de una autoridad convertida en un fantasma. La malversacion de caudales provocaba el grito popular; y bien que la Nacion era bastante fuerte para hallar en sí propia recios apoyos con que conjurar la nube, dividíase en mil instituciones y poderes que, en vez de mutuamente socorrerse, hacíanse entre sí sangrienta guerra. Dirigian los Parlamentos el ariete contra la autoridad Real, los cortesanos contra el clero; la hidalguía de provincia alimentaba oculta ojeriza á las bandas y veneras de la corte, y mientras todos estos brazos afectaban evitar el mortal choque de una revolucion, promovíanla con su escándalo y autorizábanla con su desorden. Cada uno acertaba á poner en claro los abusos ajenos, sin advertir que él mismo era un abuso ya denunciado por las galanas utopias de Rousseau ó la mordacidad irónica de Voltaire. Una mano misteriosa habia escrito en los muros de la Bastilla el antiguo fallo de Baltasar; y la víctima escogida para la espiacion de tan larga serie de errores era inocente y pura, brillando con cierto espíritu de mansedumbre evangélica que vaticinaba á su frente la aureola de los mártires. Incluyó Luis XVI la augusta testa bajo la segur de desapiadados lictores; y este ominoso crimen, abriendo campo al desenfreno y á las venganzas, detuvo al fin en Francia el ímpetu revolucionario, y por desgracia desacreditó en España á los grandes varones que promovían cuerda y feliz regeneracion.

No resonó desde entonces la trompeta inquisitorial para cender hogueras ó sofocar heregías, pero sí para atajar el vuelo del pensamiento en mengua de su alto origen y del ilustrado culto que ordena la sublime religion de nuestros padres. ¿Y no se debió sin embargo á esta vigilancia imprudente que penetrase revuelto y turbio el raudal de la pública ilustracion? ¿No se debió á calamidad semejante aquel juicio precipitado y superficial que equivoca al ateísmo con la despreocupacion; la libertad discreta con una independencia licenciosa, la monarquía moderada con el republicano vaiven del foro y la plaza pública? La juventud, que no cuenta para nada con los vicios, la ambicion y las necesidades de su siglo; que no consulta las máximas de la historia ni las lecciones de la esperiencia; que no vive aun en el mundo positivo y vaga por el que se forma en su ardiente imaginacion, admira una dialéctica osada en ciertos libros y solo encuentra orgullo filosófico en la incredulidad, y arrogancia política en la república. Arrójase sin reflexion con tales principios al estadio tumultuoso de la vida, y cuando la edad y la esperiencia sazonan su juicio y la convierten en reflexiva y madura, advierte detrás de sí otra juventud ar-

diente que á su vez altera los planes que se conciben en beneficio de la patria. He aquí la calamidad que traen los que indiscretamente tiranizan al pensamiento: exáltanlo con la prohibicion, oscurecenlo con la escasez de doctrina y pónenlo en estado de aplaudir y abrazar el primer libro que burle un espionaje inquisitorial por mas que sea nocivo á las buenas costumbres, perjudicial al talento, contrario á la sana razon.

Los sucesos del año 1820 no vinieron precedidos de una época que los autorizase en términos de levantar por ellos una cruzada pública. Ni era dilatado el número de los que sufrieron persecucion en 1814, ni pueden llamarse arbitrarios los ministerios de Góngora, Ballesteros y Garay. El pueblo en general deseaba, como siempre, el alivio de los pechos y la redencion de los atrasos, mas no un cambio de fórmulas, un trastorno de gerarquías, una lucha de opiniones en la que falsamente le indicaron encarnizada guerra a la religion. Siguióse á tales esfuerzos largo período de guerra civil, quedóse dueño del campo, y los mismos que lo incitaran á la revuelta no le concedieron gracia al aprovecharse de su triunfo. Tuviéronle en poco, dijéronle como Montaña que no era mas que una bestia de carga que cada partido iba montando á su vez, y desoyeron el solícito clamor desus reclamaciones y cuitas. Esta indiscrecion imperdonable anduvo acompañada de un arrojo vengativo, capaz de vulgarizar al hombre de mas alto predominio, arrojo que sembró en la plebe desprecios y rencores, y en todos los hombres de bien deseos de que culta y generosa volviese á brillar la española Monarquía.

Tal brillará: hállese en su verdadero periodo, no anticipado por la venganza y el monopolio, no prematuro á causa de estúpida ignorancia y torpe atraso; antes fruto de una voluntad unánime y universal, á la que vigoriza el amor á las artes y á las letras, la aplicacion al comercio y á la industria, el sentimiento íntimo de la dignidad individual, causa primera de la pulidez de las costumbres. Las arrogantes promesas de los motores de la somatenada actual tropiezan con una desconfianza harto fundada; sus doctrinas, con un pueblo que por esperiencia las califica; sus protestas, con innumerables testigos que divulgan la escandalosa facilidad con que faltaron á ellas. ¿Añadiremos á lo dicho que tienen por mortales enemigos la justicia, la legitimidad y la opinion?... Basta haber manifestado que nunca hubo cetro mas apetecido, mas oportuno, mas histórico, si nos es lícito hablar así, que el de CRISTINA é ISABEL. Cada ciudad célebre ha querido tener su Partenon, cada secta su Vaticano, cada nacion su Capitolio: ¿seria justo que faltase á España un museo para sus artes, un ara para la verdadera religion, un templo capitolino para estimularla á la gloria? He aquí cuanto nos promete el ídolo ante quien hincamos la rodilla; he aquí la bienhechora influencia bajo la cual procuraremos encaminar al pueblo español hácia la felicidad y la victoria... Quitadla del trono, colocad en él á los corifeos del desorden; y os ofrecerán en cambio la nulidad, la servidumbre y el patíbulo.

Revista de ambos mundos.

PRUSIA.

Fronteras 3 de noviembre.

Aguárdase con ansia la contestacion de Paris á las comuni-

